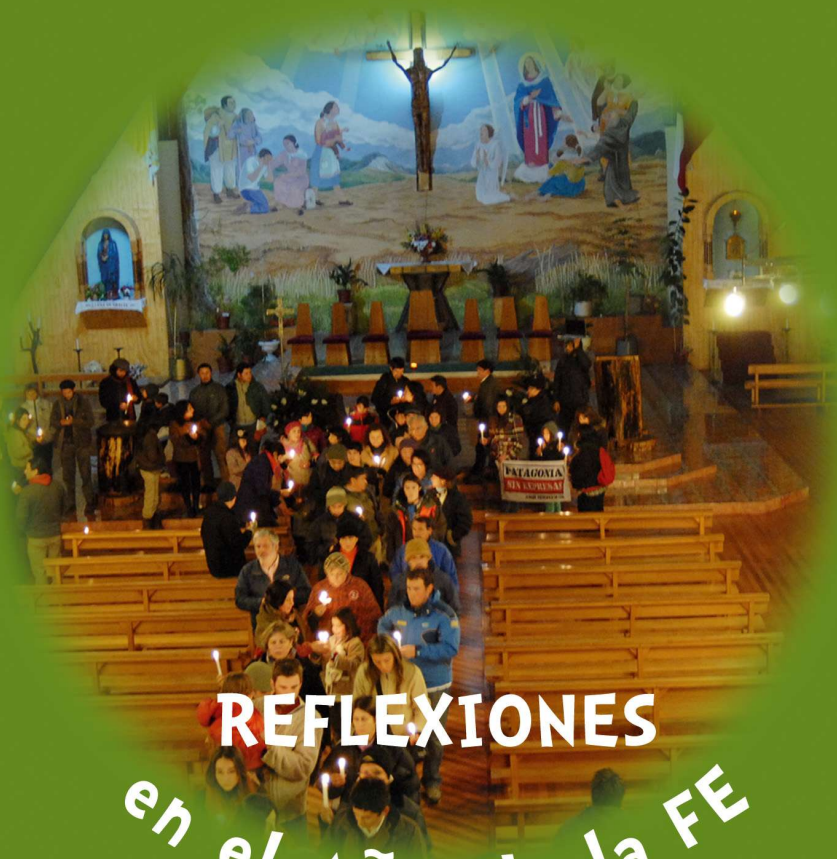


La FE y la POLITICA se ABRAZAN



REFLEXIONES en el AÑO de la FE

+ Luis Infanti de la Mora, osm
Obispo Vicario Apostólico de Aysén

SEMANA SOCIAL - AGOSTO 2013

VICARIATO APOSTOLICO DE AYSÉN
PATAGONIA - CHILE

SEMANA SOCIAL 2013

La FE y la POLITICA se ABRAZAN

REFLEXIONES
en el AÑO de la FE

+ Luis Infanti de la Mora, osm
Obispo Vicario Apostólico de Aysén

INDICE

Motivación	3
1. FIELES A LA HISTORIA (VER)	6
a) Sistema socio – político	8
b) “Caso Aysén”	8
c) Megaproyectos en la Patagonia	9
d) Desastres naturales en Aysén	9
e) Movimiento “Aysén, tu problema es mi problema”	10
2. LLAMADOS Y URGENCIAS DE LA FE (JUZGAR)	11
a) El Dios de la justicia y de la paz	12
b) El Dios de los pobres	13
c) Dimensión política de la fe	17
d) Poder y autoridad: ¿Instrumentos de opresión o de servicio - liberación?	20
e) ¿En qué Dios creemos?	24
3. HOMBRES NUEVOS PARA UNA SOCIEDAD NUEVA (ACTUAR)	26
ANEXO: “Un cristianismo que tome todo el hombre” (Alberto Hurtado, sj.)	27

LA FE Y LA POLÍTICA SE ABRAZAN

(Reflexiones en el Año de la Fe)

MOTIVACIÓN

Las “Semanas Sociales” son una larga y fecunda tradición en el quehacer pastoral de la iglesia. Aysén también participa de esta iniciativa eclesial con su modesta reflexión, pues como personas y comunidades de fe tenemos una responsabilidad social en nuestra región y en nuestro país. En estos últimos años nuestras Semanas Sociales han abordado temas referentes al país y al Estado que quisiéramos, en relación al país y al Estado que somos y protagonizamos, y a las repercusiones sociales y pastorales de lo que ha significado el Movimiento Social “Aysén, tu problema es mi problema”. En este proceso social la iglesia de Aysén ha participado activamente, desde su misión pastoral, aportando su visión y presencia evangelizadora. Esto le ha valido también críticas, acusaciones, descalificaciones de algunos sectores sociales que manifestaron que “la iglesia se mete en política”, que “está abanderizada con la Teología de la Liberación”, que “los católicos se preocupen de su iglesia y dejen que los políticos solucionen los problemas sociales”, que “el obispo se dedique a rezar”, y expresiones similares. Ya en otras épocas y en otras latitudes había sucedido lo mismo.

En el fondo de estas posturas podemos percibir una opción de fe, según la cual “la política” debería ser el campo “terrenal” de los políticos y ajena al campo “celestial” de la fe, de la moral, de la ética, de las personas religiosas. Y a su vez, que la fe se oriente hacia Dios, y no se “ensucie” con las cosas terrenales.

En esta Semana Social de 2013, bajo el lema de “La Dimensión Política de la Fe”, quizás logremos descubrir más claramente que la fe y la vida no pueden sufrir un divorcio, como ya nos advertía el papa Pablo VI (*Evangelii Nuntiandi*, 20).

La política es una dimensión relevante, no la única, de nuestra vida, pues es nuestro ejercicio y participación cotidiana en la búsqueda del bien común, de la justicia y de la paz.

La práctica política algunos la ejercen incorporándose a partidos políticos, otros la asumen como un profesión, otros participan desde organizaciones sociales, hay también quien prefiere marginarse de participar dejando a otros el protagonismo. Todas estas son opciones políticas y tienen significativas

repercusiones en la vida, decisiones y proyecciones de nuestro pueblo, de nuestras comunidades, de nuestras familias y de cada uno de nosotros, pues somos ciudadanos, pero también somos personas de fe. Desde la fe sentimos la noble misión de ser protagonistas de nuestra historia, animados y guiados por Cristo y su Evangelio de Vida.

En el Año de la Fe que el papa emérito Benedicto XVI nos llamó a celebrar, nuestra Semana Social, quiere promover un abrazo entre fe y política, para que ambas dimensiones de nuestra vida se vean enriquecidas y potenciadas. Es una tarea y un desafío que complementa las múltiples expresiones con que estamos celebrando este bendecido Año de la Fe.

Esta no es una Carta Pastoral, sino son unas reflexiones para ayudar a una profundización de la fe en su dimensión más cercana a la vida real de cada día y que proponemos para nuestras comunidades cristianas y para toda persona de buena voluntad que le interese el tema.

Quiero agradecer muy fraternalmente los numerosos aportes de muchas personas a estas reflexiones, que plantearemos desde la perspectiva del VER – JUZGAR – ACTUAR.

La fe es la chispa de Dios que enciende el fuego de la espiritualidad, y que las religiones, en especial la católica, queremos vivir, celebrar y comunicar decidida y gozosamente a través de la evangelización y la catequesis (fe anunciada), a través de la liturgia (fe celebrada) y a través de la solidaridad (fe encarnada). Todo esto en comunidades fraternas vivas y dinámicas, diversificadas en ministerios y servicios, vivificadas por el Espíritu en la comunión en la diversidad, comprometidas con la historia y la cultura del pueblo en que viven.

Éstos caminos de la fe son los privilegiados para alcanzar la santidad (vocación, tarea y meta de todo hijo e hija de Dios) y se recorren necesariamente por los caminos de la vida: en las comunidades eclesiales, en la educación, en la cultura, en la economía, en la política, en los medios de comunicación social, en el deporte, en la familia, en las instituciones, en el trabajo, en las profesiones, en las organizaciones sociales,...

Sin ánimo de politizar la religión, ni endiosar la política, creo sea alentador sondear y discernir caminos de “santidad política”, como tantos hermanos lo han testimoniado desde distintos ámbitos: Alberto Hurtado alcanzó la santidad, como sacerdote, inyectando fe y espiritualidad en las decisiones y estructuras políticas, cuestionando, desafiando y orientando a los políticos y religiosos de su tiempo; Clotario Blest consagró su vida de fe al mundo

obrero, en oración y lucha; Oscar Romero consagró su sacerdocio sirviendo a su pueblo en la opción por los pobres y la no violencia, alcanzando la santidad hasta el martirio; Ceferino Namuncurá, sin ninguna “obra llamativa”, consagro su juventud para ser “útil a su pueblo” Mapuche. Sus ejemplos nos muestran con claridad la dimensión política de la fe, siendo la voz de los sin voz.

Estos, y miles de hermanos, han tenido profundas incidencias políticas en las estructuras sociales de su tiempo, al igual que Jesús, hacia quien recayó la sentencia de crucifixión y muerte desde los poderes políticos y religiosos del Imperio Romano y de la religión de Israel. ¿Se repetirá hoy la misma historia? La iglesia (personas, comunidades, mensajes...) ¿Deberá o no “meterse en política”? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Intentaremos por ello discernir estos interrogantes, como un PLANTEAMIENTO DE FE A PROFUNDIZAR.



1. FIELES A LA HISTORIA (VER)

Nuestra querida iglesia de Aysén busca estar siempre atenta, según sus posibilidades, para responder pronta y eficientemente, al eco de la voz de Dios que pregunta ¿Dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho de tu hermano? Una iglesia samaritana, cercana a los heridos del camino. Para muchísimas personas de todo credo y condición social, les son muy queridos y cercanos los nombres y las santas acciones de Monseñor Antonio Michelato, de P. Pablo Venezian, de Madre Amadora Peña, de P. Antonio Ronchi, de Sor Luisa Fornaro, de P. José Fogliatto, de P. Bruno Predonzani, de Monseñor Aldo Lazzarín,... solo por nombrar algunos consagrados.

La incidencia de su fe en lo social, lo político y lo cultural ha marcado una identidad en la región de Aysén, ha construido historia en la Patagonia, junto a tantos laicos, mujeres, jóvenes y comunidades valientes y generosas que han vivido una fe comprometida y cercana a su pueblo en las sacrificadas tierras de los años difíciles de Aysén.

Y en estos últimos años con mayor razón, sentimos el gozoso testimonio que estamos llamados a dar como discípulos misioneros del Señor, alentados por el fraterno llamado y la exigente misión que nos confió el papa Juan Pablo II:

“A todos los queridos hijos del Vicariato

Apostólico de Aysén, Chile:

Les imparto con gozo mi Bendición Apostólica

para que crezcan en la fe, en la santidad y en la comunión.

Unidos a su Obispo Luis Infanti,

construyan el Reino de Dios,

trabajando con sus mejores esfuerzos

por la FAMILIA, por los JÓVENES y las VOCACIONES y por
los POBRES.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”

*(Mensaje grabado de viva voz por el papa Juan Pablo II en la Visita Ad Limina
del obispo Infanti el 12 de octubre de 2002)*

Con la misma intuición del autor del Apocalipsis, libro bíblico de la ESPERANZA CRISTIANA, quisiéramos ofrecer estas reflexiones a la iglesia de Aysén en el Año de la FE, estimulados también por los numerosos e incisivos llamados del

querido papa Francisco en la reciente 28º Jornada Mundial de la Juventud, celebrada en Río de Janeiro (22 – 28 de julio pasado) en que nos ha planteado la urgencia del DIALOGO CON EL MUNDO ACTUAL a partir del texto:

“Los gozos y las esperanzas,
las tristezas y las angustias
de los hombres de nuestro tiempo,
sobre todo de los pobres y de cuantos sufren,
son a la vez gozos y esperanzas,
tristezas y angustias
de los discípulos de Cristo,
y nada hay de verdaderamente humano
que no tenga resonancia en su corazón.”

(Concilio Vaticano II, Gaudium et Spes, 1).

Así mismo señaló a los Obispos que:

“EL SITIO DEL OBISPO para estar con su pueblo es triple:

– o adelante para indicar el camino,

– o en medio para mantenerlo unido y neutralizar los desbandes,

– o detrás para evitar que alguno se quede rezagado,

– pero también, y fundamentalmente, porque el rebaño mismo también tiene su olfato para encontrar nuevos caminos”

(a los Obispos del CELAM, Río de Janeiro, 28 de julio de 2013)

Como en el Apocalipsis podemos VER nuestra historia y compromiso, discernir los signos de los tiempos, dar pasos de conversión y avanzar en el crecimiento de nuestra fe, santidad y comunión.

En nuestra historia más reciente, en que hemos vivido situaciones cuestionadoras en Aysén, la iglesia sintió y sigue sintiendo el deber ético, espiritual, moral y pastoral de comprometerse en ellas, aún a costa de críticas, ataques e incomprensiones. Hagamos recuerdo de algunas situaciones más conocidas.

a) Sistema Socio – Político:

Cuando el sistema social ha sufrido un quiebre democrático y se ha instaurado una dictadura cívico – militar con graves violaciones a los derechos humanos, con la imposición de una Constitución Política del Estado marcada por un sistema económico – político neoliberal con profundos cambios de paradigma de sociedad y planteamientos severamente cuestionados desde el Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia, la iglesia de Aysén, en comunión y coordinación con la iglesia de Chile, ha participado muy activamente en la búsqueda incisiva del respeto a la dignidad de la persona y de los derechos y deberes que le atañen. Actitud asumida también en los años en que gobiernos llamados democráticos han dado continuidad y profundizado el modelo y sistema anterior.

Ha sido y es una presencia eclesial, y no solo eclesial, que ha aliviado sufrimientos y dolores, ha propuesto y construido caminos de participación, de esperanza, de solidaridad, de comunión, de mayor democracia.

¡Es y sigue siendo un llamado y un deber, una urgencia de fe!

b) “Caso Aysén”:

La desaparición y muerte “en extrañas circunstancias” de 12 jóvenes en Puerto Aysén, entre los años 1997 a 2002, han sido proféticamente enfrentadas con valentía y no violencia por los familiares y amigos de las víctimas y de todo un pueblo que sigue clamando verdad y justicia.

La iglesia de Aysén ha participado con una voz y una presencia profética, optando por la vida, por los jóvenes, por las familias y por los pobres, aunque algunos la quisieran acallar con su extraña forma de administrar justicia y con sus medios de comunicación.

En una región como la Patagonia, donde sus pueblos originarios (Tehuelches, Alacalufes,...) fueron diezmados y hechos desaparecer, nos obligan a un deber moral, y no solo a la iglesia, a valorar, defender, proteger y potenciar la vida de nuestro pueblo, especialmente de nuestros jóvenes, huiliches, pescadores, obreros,...

¡Es un llamado y un deber, una urgencia de fe!

c) Megaproyectos en la Patagonia:

Cuando repentinamente aparecen en la Patagonia cuestionados megaproyectos destructivos (deshechos nucleares, proyectos mineros, hidroeléctricos, acuícolas, forestales...) de poderosas empresas transnacionales que además se apropian de manera antiética e inhumana de bienes naturales (agua, tierra, mar,...), aunque validados legalmente por entidades de poder con “rostro democrático”, cuando nuestra tierra grita de dolor y nuestro pueblo clama justicia y equidad, la iglesia, y no solo ella, no puede callar.

Pues “LA TIERRA ES DE DIOS” y los bienes esenciales para la vida de todo ser vivo, sobre todo el agua fuente de vida, no pueden ser acaparados, privatizados, y peor aún, mercantilizados por unos pocos, marginando de ellos a sectores mayoritarios de la sociedad y amenazando gravemente su vida, sus derechos, sus tradiciones, su cultura y su fe, y obligándolos a la esclavitud del silencio, de la pobreza y de la marginalidad.

¡Es un llamado y un deber, una urgencia de fe!

d) Desastres Naturales en Aysén:

Nuestra Patagonia debe lidiar con la naturaleza, no solo con el frío que la curte desde sus raíces, sino con otros sucesos mayores que han puesto a prueba a los hombres y mujeres de la Patagonia, a la sociedad civil, al Estado y por cierto que también a la iglesia.

Incendios, erupciones volcánicas, terremotos, maremotos, inundaciones, sequías,... son dramas que con frecuencia hieren especialmente a nuestra tierra y a la Cordillera Andina, con algún grado de culpabilidad también de la avasalladora y depredadora acción humana. Los primeros meses de 2007 Aysén fue sacudido por movimientos sísmicos y sub marinos, culminando con el terremoto del 21 de abril, en que perdieron la vida 10 personas (7 de ellas desaparecidas).

Cuando las circunstancias lo han requerido, frente a la destrucción, al dolor, al sufrimiento y a la muerte, la iglesia, y no solo ella, ha acompañado a su pueblo con su presencia fraterna, solidaria, esperanzadora, por amor a Cristo, a nuestro pueblo y a nuestra tierra.

¡Es un llamado y un deber, una urgencia de fe!

e) Movimiento “Aysén tu problema es mi problema” (año 2012):

Anunciado antes por cíclicas demandas y protestas, cuando nuestro pueblo toma conciencia de la violencia con que es golpeado permanentemente por la marginación, la inequidad, el abandono, la pobreza, la no participación en las grandes decisiones que le afectan, y reacciona masivamente con manifestaciones no violentas, exigiendo justicia, buscando diálogo y soluciones y a cambio recibe “ninguneo”, violencia institucional física y política, la iglesia, y no solo ella, movida por la fe, participa con sus personas y sus medios para aplacar la violencia, facilitar el diálogo, buscar caminos de discernimiento, paz social, justicia y fraternidad, por fidelidad a Cristo, presente en nuestra historia.

¡Es un llamado y un deber, una urgencia de fe!

Este compromiso y cercanía de la iglesia solidaria en Aysén, viene desde los comienzos de su presencia en la región en los años '30 del siglo pasado, promoviendo la educación de la niñez y juventud (escuelas, colegios, hogares de niños), la salud (presencia en hospitales), los derechos humanos (incluida la Comisión Justicia y Paz con su labor de denuncia y amparo), la vida digna del campesinado (creando FUNDA, Fundación para el Desarrollo de Aysén), la comunicación de su pueblo (a través de medios escritos, radiales y televisivos), además de las cotidianas y frecuentemente poco conocidas acciones de solidaridad y caridad de las comunidades religiosas, de las comunidades cristianas, de la pastoral social y sus ramificaciones (cárceles, enfermos, obreros, mujer, adicciones, ...).

De todo esto damos gracias a Dios, y pedimos perdón por las lentitudes, las omisiones y por lo que podríamos haber hecho mejor, conscientes de nuestras limitaciones y pecados.



2. LLAMADOS Y URGENCIAS DE LA FE (JUZGAR)

Por todo lo anterior me parece oportuno abarcar temas vinculados a la JUSTICIA y la PAZ, dones y esencia del Dios de Jesucristo que se hace presente en medio de su pueblo, desde el principio de su ser y su actuar: EL AMOR Y LA MISERICORDIA.

Justicia y paz como anhelo y meta de todo ser humano hacia su plenitud de vida, pero frecuentemente ausentes en la vida de los pobres, quienes son torturados, espiritual, humana y políticamente por la violencia de la injusticia.

Esta tortura no es casualidad. Hay un modelo político, a veces incluso intencional y planificado, que estructura nuestra sociedad en castas privilegiadas y otras castas destinadas a la marginación, al silencio, al sufrimiento, a la pobreza, a la muerte.

La gracia de la fe y la sabiduría de Dios nos auxilian para que, al tomar conciencia de estas “crucifixiones de hoy”, podamos buscar y emprender decididamente caminos más humanos, más justos y solidarios. Como en otros tiempos de la historia fue posible derribar la esclavitud, valorar también a la mujer, considerar a los indígenas con la dignidad de personas, proclamar lo sagrado de los derechos humanos y de la tierra, eliminar la pena de muerte,... así hoy sentimos los LLAMADOS y las URGENCIAS de la FE para optar por los pobres y derrotar la pobreza; crear condiciones más sólidas y universales de justicia; cuestionar y denunciar las causas de la pobreza, los poderes y sus estructuras que oprimen y marginan; promover el cuidado y respeto a la madre tierra, como sujeto de derechos y parte íntimamente vinculante de la vida humana. (Adán= sacado de la tierra).

Numerosos documentos del Magisterio de la Iglesia han profundizado y orientado en estos temas, dando visibilidad al Evangelio de Jesús, de los apóstoles, de los profetas, y de la vivencia de la Iglesia en las realidades temporales.

Por nuestra parte ofrecemos estas reflexiones, originadas desde la iglesia de Aysén, que si bien no pretenden ser un gran aporte “magisterial”, buscan discernir nuestro camino eclesial contingente, sintiéndonos una iglesia local que respira los aires de una iglesia inserta en la globalizada sociedad actual (*“Ustedes son la sal de la tierra”*, Mateo 5,13)

a) EL DIOS DE LA JUSTICIA Y DE LA PAZ

El DIOS DE LA JUSTICIA Y DE LA PAZ se acerca con la misma audacia de los profetas del Antiguo Testamento y de los tiempos recientes de América Latina, para poner en evidencia la dignidad de hijo e hija de Dios de cada persona, desde el vientre materno hasta sus últimos días. Una dignidad que requiere los elementos esenciales para que cada persona sea cuidada, apoyada, respetada, defendida y promovida para crecer en cada etapa de su vida hacia su realización plena e integral (“sean perfectos como es perfecto mi Padre Celestial” Mateo 5,48).

A este proceso que se proyecta como un elevado anhelo y meta, le llamamos JUSTICIA, y se realiza en la construcción social con políticas de bien común, para que toda persona tenga un lugar donde vivir y una vivienda digna, el alimento necesario, una educación integral, una atención de salud digna, un trabajo digno, una participación efectiva en las decisiones referentes a los derechos y deberes de la vida comunitaria social, una libertad en la dimensión trascendente (religiosa) de la persona, una vivencia serena y feliz de familia, una pertenencia a grupos sociales que promuevan algún aspecto del “arte de vivir”, un medio ambiente saludable para una vida digna y feliz (ver Salmo 84).

Esta amplísima y noble tarea, alentada y apoyada también por la iglesia, necesariamente requiere de la responsabilidad y compromiso fecundo de personas e instituciones sociales: es una misión evangelizadora, a la vez que política.

La PAZ es el fruto de esta justicia, como plenitud de vida para cada ser humano, como persona y en su conjunto, como comunidad.

A las personas carentes de algunos de estos elementos les llamamos POBRES. Una mentalidad economicista y una cultura mercantilista llama “pobre” al carente de dinero. Pero la pobreza es mucho más: es la grave herida de la NO – DIGNIDAD de la persona.

Las personas de fe, con mayor razón que otras, sentimos en la pobreza una ofensa a la creatura y al Creador, una ofensa al pobre, hijo de Dios y a Dios mismo, ofendido en su creatura. Gran parte de su acción y de su predicación, Jesús la ha dedicado a proclamar que toda persona es hijo e hija de Dios, que como tal merece dignidad en todos los ámbitos de su vida, que el respeto y cuidado de toda la creación es una tarea que manifiesta nuestro amor y alabanza al Dios Creador y Señor. De esta misión de Jesús, la iglesia quiere ser hoy un testimonio fiel. Por eso San Alberto Hurtado se preguntaba siempre: “¿Qué haría Cristo en mi lugar?”.

Por lo tanto, la lucha de fe por la dignidad de las personas y de los pueblos, el compromiso por la justicia y por la construcción de la paz, es un deber de todo hijo e hija de Dios, especialmente de quienes tienen mayor responsabilidad en la conducción social, religiosa, política de nuestro pueblo.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia...

Bienaventurados los que trabajan por la paz... (Mateo 5, 1-12)

Como no recordar y admirar entre miles de Bienaventurados de la justicia y de la paz, a Don Clotario Blest, quien, desde su fe, hizo una opción de toda su vida, por la justicia de los trabajadores de Chile y sus familias, o al Cardenal Raúl Silva Henríquez, profeta de la justicia y de la paz, soñador y luchador por una patria de hermanos, donde los derechos sean respetados y donde cada persona, especialmente los pobres, tengan pan, trabajo, amor, dignidad y felicidad.

b) EL DIOS DE LOS POBRES:

Dios se acerca con ternura y compasión a los pobres, siente su dolor y se conmueve, sufre con sus sufrimientos:

“he visto la opresión de mi pueblo...

he escuchado sus gritos,...

conozco sus sufrimientos...” (Éxodo 3, 1-15)

Toda la Biblia pone en evidencia la sensibilidad de Dios y su cercanía hacia el pobre para librarlo de esta situación indigna, como persona y como pueblo. Ese es el motivo principal por el cual Dios se hace Hombre, se encarna en Jesús de Nazaret. Y en la parábola del Buen Samaritano (Lucas 10, 25-37) nos manifiesta claramente que Dios VE el sufrimiento del herido del camino y se hace prójimo, lo atiende hasta que sane. Otros habían también VISTO al herido, pero pasaron de largo. La ACTITUD del buen samaritano será decisiva en el juicio hacia nuestra vida: tuve hambre, tuve sed, estaba enfermo, preso, desnudo... ¿y tú, qué hiciste? “Lo que hicieron con alguno de estos más pequeños, que son mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mateo 25, 31-46). Jesús se identifica con el necesitado, con el pobre, con el herido del camino de la vida y a su vez lo socorre.

Esta opción de Dios por los pobres es la que quiere hacer, cada día con mayor fidelidad a su Maestro, la iglesia, reconociendo en el pobre un SACRAMENTO (signo sagrado, de Dios) en el cual se juega su adoración al Dios de la vida y la credibilidad de su fe, de su espiritualidad, de sus liturgias, de su doctrina, de su misión.

Esta opción y misión pastoral de la iglesia es motivo de permanente discernimiento para VER y ATENDER al herido del camino, es motivo de permanente conversión y compromiso, pues cada época de nuestra historia tiene rostros y corazones de pobres destrozados e indignados. Así ocurrió con Fray Bartolomé de las Casas, dominico que hace cinco siglos vio en el rostro pobre, golpeado y crucificado del “indio” a Jesús mismo humillado y crucificado, ante lo cual entregó su vida a la denuncia y defensa de los indígenas. ¡Gran testimonio de pasión y compasión por el hermano, vivido desde el Evangelio! Es un llamado a ser una iglesia profética, samaritana, servidora, solidaria con los pobres de nuestra tierra y de nuestro tiempo. Los profetas de ayer (Amós, Isaías, Juan Bautista, Pedro y Pablo, Francisco de Asís, Bartolomé de las Casas, Alberto Hurtado, Oscar Romero...) brillaron en su profecía en las realidades a las cuales tuvieron que convertirse y vivir como “hombres y mujeres de Dios” en su época histórica. Hoy la iglesia de Aysén también quiere ser fiel a su Señor en el servicio a los pobres, pero también denunciando las nuevas opresiones, los nuevos opresores y las causas de este pecado social. Esto es ser una iglesia misionera.

En el actuar, podrían surgir voces y posturas que creen que esta opción amenaza la comunión y la misión eclesial. Es la tentación “del sacerdote y del levita”, que, preocupados y ocupados en sus ritos, pasan de largo frente al samaritano herido, apurados para ir a refugiarse en sus templos, y no se postran ante el sacramento del pobre, ante el “templo de Dios” que somos cada persona, miran de lejos (quizás hoy desde los diarios y la televisión) a los crucificados, a los heridos de la historia. Esa es la actitud de quien rompe la comunión sacramental con Dios, pasando de largo frente al pobre.

La comunión se hace efectiva en la realidad y se celebra en las relaciones con Dios y con los hermanos. “¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, si no ama a su hermano, a quien ve?” (1 Juan 4,20).

Nuestra conversión eclesial a los pobres es un camino indispensable, que nos ayudará a la conversión y renovación pastoral, para hacer más viva y eficaz la liturgia, más vivencial e incisiva la eucaristía, más real e integral la catequesis, más dinámicas y creativas nuestras estructuras eclesiales, educativas, comunicacionales y solidarias. Incluso para las congregaciones religiosas y los movimientos eclesiales, la opción y conversión a los pobres son un signo de su fidelidad al carisma inicial.

La sabia capacidad de discernir los signos de los tiempos nos ayudará a ver con los ojos de Jesús, no solo quienes son los pobres hoy, sino sobre todo escuchar sus clamores, sentir su sufrimiento y especialmente detectar las CAUSAS y los CAUSANTES de su pobreza, para responder con SOLIDARIDAD,

y no con asistencialismo. Decía al respecto Dom Helder Cámara, carismático obispo brasileño: *“Si le doy de comer a un pobre, me dicen que soy un santo. Si pregunto POR QUÉ este pobre tiene hambre, me dicen que soy comunista”*. Y también decía un teólogo latinoamericano *“si ayudo a los pobres me consideran un santo, pero si defiendo a los pobres, sufro persecución”* (Jon Sobrino).

Reconocemos que la pobreza en Aysén, como en todo el mundo, es el pecado social más cuestionador y masivo. Es una realidad dolorosa que puede y debe ser superada, como en otros tiempos lo fue la esclavitud, sobre todo considerando el enorme potencial de riqueza con que disponemos en nuestra región, en nuestro país y en el Continente, y la inequidad en su gestión y distribución.

Según los expertos, actualmente hay 2.800 millones de personas en el mundo que sufren la pobreza, (mirada solo desde su realidad socio – económica), que viven con menos de dos dólares al día, de los cuales 1.300 millones son de pobreza absoluta, que viven con un dólar al día. Más que pobres, los obispos de América Latina los definen como EXCLUIDOS, pues se les niega los derechos esenciales para una vida digna.

Frente a esta vergonzosa e inhumana realidad, ya el recordado papa Juan Pablo II advertía que *“Es necesario traducir la parábola del rico y del pobre Lázaro (Lucas 16, 19-31) en términos económicos y políticos, en términos de derechos humanos y de relaciones entre el primero, segundo y tercer mundo”* (discurso a la ONU, 02 de octubre de 1979).

Los responsables de las naciones ya en 1974 se comprometieron a erradicar la pobreza absoluta en el año 2000. Al fracasar el compromiso, en 1995 se comprometieron a reducir a la mitad la pobreza para el año 2015. Pasan los años y la meta se aleja cada vez más, llegando incluso a constatar que ciertos grupos monopólicos de la economía acumulan progresivamente más riquezas y poder. Y no es aventurado denunciar que en estos últimos años asistimos a la práctica de una lucha inhumana e inmoral, no contra la pobreza, sino contra los pobres.

Estas realidades trágicas, no son casualidad, pues hay ideologías, sistemas y estructuras sociales que las promueven, incluso en leyes y Constituciones, *“produciendo”*, más que pobres, EMPOBRECIDOS. Chile es un ejemplo emblemático de ello, en su tozudo amarre a una política neoliberal.

Este proceso de empobrecimiento responde justamente a una lógica de la economía capitalista donde la prioridad es la riqueza y no la VIDA. Desde su implantación, los gobiernos de distinto color y signo, se limitan solo a

ADMINISTRAR esta política, arrodillándose frente al poder económico, frecuentemente transnacional, y vendiendo sobre todo el enorme potencial de bienes naturales “por un plato de lentejas”.

Confío en que, como pueblo, no venderemos nuestra conciencia, ni nuestra dignidad. De hecho los movimientos sociales han traído un viento del espíritu para abrirnos los ojos, tomar conciencia y reaccionar, ojalá pacífica y democráticamente, frente a esta realidad, proponiendo también caminos reales y factibles de mayor equidad, solidaridad, participación, justicia y democracia.

Sería significativo que también en Chile, como ya empieza a surgir en algún otro país (Bélgica, Italia, Canadá, Argentina,...), algunos servidores de la humanidad pudieran abrir puertas para declarar ILEGAL la pobreza (no a los pobres), cuestionando y denunciando leyes (Constitución), instituciones (empresas codiciosas, Estado cómplice,...) y prácticas sociales colectivas (economía informal, criminalización del pobre,...) que la promueven y amplifican.

La realidad, puede ser cambiada, y desde la fe con mayor razón lo podemos afirmar. Ciertamente no es misión de la iglesia como institución plantear planes y programas de políticas socio – económicas, pero sí es un imperativo ético, social y moral que los cristianos participemos en la elaboración de alternativas concretas para una sociedad más cercana a los “cielos nuevos y tierras nuevas” que anhela el proyecto del Reino que Jesús nos vino a proclamar y que vivió con intensa y comprometida espiritualidad. El proceso que la humanidad hizo para eliminar la esclavitud, es un ejemplo alentador para poder hacerlo también con la pobreza.

Este camino de humanidad nos ayudaría incluso a asumir una responsabilidad ética para un estilo de vida menos consumista y depredador, a no desperdiciar ni botar tantos alimentos y bienes, a buscar una vida más sana, más solidaria y fraterna, y de mayor comunión y menos agresividad con el medio ambiente.

La finalidad de nuestros medios y estructuras eclesiales tienen sentido solo si responden a esta opción de fe, recorriendo un camino pastoral en que la justicia y la solidaridad se abracen, los derechos y deberes se besen y la paz brote de la tierra. Es un gran desafío también para la iglesia, no solo en optar por los pobres, sino en ser una iglesia pobre, como nos insta el papa Francisco.

Como no recordar y dar gracias a Dios, entre los miles de Bienaventurados que han vivido esta opción, por San Alberto Hurtado, apóstol de los pobres, profeta de justicia, santo eucarístico y social.

c) DIMENSIÓN POLÍTICA DE LA FE

El DIOS DE LOS POBRES se ha encarnado en Jesucristo y ha proclamado que el Reino de Dios está cerca, ha sido ungido por el Espíritu para traer el Evangelio a los pobres, libertad a los cautivos y oprimidos, vista a los ciegos, proclamar el tiempo de la gracia del Señor (*Lucas 4,16-21*). El mal y el pecado han sido vencidos, la misericordia y el amor de Dios han triunfado.

El anuncio del Reino y las denuncias de Jesús, surgidas de su AMOR y MISERICORDIA, han cuestionado a las personas y estructuras políticas, económicas y religiosas de su tiempo, no para juzgarlas, sino para ser conciencia crítica y llamarlas a CONVERSIÓN, para que su mente, su corazón, sus proyectos, sus planes, sus decisiones y sus acciones favorezcan la vida y dejen de oprimir al pobre, dejen de provocarle sufrimiento, dolor y heridas de muerte. Jesús siempre manifestó su amor a toda persona, pero condenaba su pecado y la llamaba a recorrer un camino nuevo de conversión y dignidad de hijo e hija de Dios.

Jesús y su evangelio son la fuerza divina que impulsa el corazón de la historia, como propuesta y proyecto de vida que se concretiza en el Reinado de Dios como fermento (utopía) de la sociedad.

La fe se vive en el sentimiento, en la experiencia, en la acción y necesita encarnarse en gestos humanos, temporales, políticos. Dar pan a los hambrientos, salud a los enfermos, dignidad a los pobres, libertad a los sometidos, justicia a los marginados es un gesto material y político, pero es esencialmente un gesto espiritual, pues en este gesto se manifiesta la fe, la fraternidad, la solidaridad, la humanidad (*Santiago 2, 14 – 26*). Es el sacramento del amor de Dios, que se expresa en una sola realidad, pues no es bíblica ni de Dios esa separación que a veces hacemos entre alma (buena) y cuerpo (malo), entre espiritual (bueno) y material (malo), entre historia religiosa (buena) e historia profana (mala), entre fe (buena) y política (mala). La política, como la economía, las leyes, la cultura, etc. pueden y deberían ser instrumentos de humanidad, de fraternidad, de justicia. EL AMOR ES EL SENTIDO DE TODA ACCIÓN, Y LA FE ES EL SENTIDO DE TODO GESTO HUMANO.

La historia de la Salvación se realiza en una sola realidad, según el espíritu de las Bienaventuranzas de Jesús. Por eso podemos afirmar que una fe que se encierra “en la sacristía” o en los templos y es silenciosa y apática frente a las realidades e injusticias de nuestro pueblo, es una fe muerta, insignificante para la vida del pueblo y que además podría favorecer la política cuando actúa al servicio del poder de unos pocos.

La fe es un don que adquirimos con la mente y el corazón abiertos a la acción del amor de Dios y que necesita crecer, ser educada y purificada en la comunidad de los creyentes (iglesia) que anuncia la Palabra de Dios (evangelización y catequesis), celebra su fe (eucaristía, sacramentos, oración, expresiones de religiosidad,...) y reflexiona discerniendo la realidad. Por la fe participamos del Reino de Dios que se va construyendo en la historia humana, y es tarea de una fe misionera dar sentido a las realidades de la vida humana.

La práctica de la fe no nos lleva a que todos actúen de la misma manera ni con los mismos estilos, pero sí que todos asumamos un compromiso con la realidad. Una realidad que necesariamente es política y que nos debería ver comprometidos en organizaciones de base, organizaciones sociales, sindicales, vecinales, culturales, partidos políticos, movimientos populares,... buscando siempre lo esencial de la fe: VIDA DIGNA PARA TODOS, EL DERECHO DE LOS POBRES, EL BIEN COMÚN, EL COMPARTIR EQUITATIVAMENTE LOS BIENES (QUE DIOS REGALA PARA TODOS), EL SERVIR Y NO OPRIMIR.

La política necesita cercanía con los problemas y organizaciones de la gente, formación en el conocimiento de la historia, discernimiento en el análisis y reflexión de los problemas, pues es un aprendizaje permanente en un mundo cambiante y globalizado, para la construcción de una sociedad mejor. Bien lo advertía el Concilio Vaticano II: *“Los que son, o pueden llegar a ser, capaces de ejercer un arte tan difícil, pero a la vez tan noble, cual es la política, prepárense para ella y procuren dedicarse a la misma sin buscar el propio interés ni ventajas materiales. Luchen contra la injusticia y la opresión, contra la intolerancia y el absolutismo, sea de un hombre o de un partido; obren con integridad y prudencia, y se consagren al servicio de todos con sinceridad y rectitud; más aún, con amor y fortaleza política”* (Gaudium et Spes, 75).

Con estos principios descubrimos que la política puede ser bien hecha también por quien no tiene fe, pero es un imperativo ético y moral especialmente para las personas de fe. Es un desafío a la responsabilidad y a la credibilidad de quienes militan en partidos políticos, como así mismo para la ciudadanía que los ayude y exija para ser buenos políticos.

Sin estos principios éticos la política cae en la politiquería y la corrupción, pasa a ser del dominio de unos pocos privilegiados, marginando a la mayoría y provocando la injusticia y la pobreza, creando las raíces del odio, del orgullo y de la arrogancia que engendran la violencia. Es la política elitista y sin sentido ético y humano.

Para todos, pero esencialmente para los partidos políticos en su búsqueda compleja de poder y servicio público deberían tener siempre como prioridad a los pobres en sus planes y programas, pues en la pobreza se encarna la mayor expresión de trato indigno, inhumano, inmoral y anti ético de las personas. Los pobres o empobrecidos son el síntoma y la expresión de una estructura política y social enferma.

Hacen falta personas que CONFÍEN en el poder de los pobres y les faciliten canales de participación y de decisión, haciéndolos protagonistas de su historia de liberación.

En la nueva época de la humanidad que estamos viviendo en este nuevo milenio, alimentamos la esperanza cierta de que otro mundo es posible, abriendo cauces nuevos a la presencia del Reino de Dios, manifestado en tangibles signos de vida, de felicidad y de comunión entre los pueblos, religiones y culturas.

El ámbito socio político no es el único para vivir nuestra fe, pero es hoy el más urgente y desafiante para romper las actuales estructuras de pecado y de muerte y abrir caminos de santidad y comunión, manifestando así la presencia resucitadora del Dios de la Vida. Cristianos dispuestos a dar su vida para que los pobres tengan vida, es hoy un proyecto político de fe, especialmente para tantos jóvenes indignados con la injusticia e inequidad actuales, y generosos en solidaridad.

Es a la luz de estos planteamientos que hay que entender la presencia activa de la iglesia de Aysén en el Movimiento Social “Aysén tu problema es mi problema”; en la presión para elaborar una nueva Constitución Política del Estado de Chile; en el cuidado de la Patagonia para que sea una Reserva de Vida del planeta y no una tierra vendida a los mercaderes del poder destructivo; en la búsqueda de verdad y justicia de los jóvenes desaparecidos y encontrados muertos “en extrañas circunstancias” en Aysén; y en varias otras situaciones cuestionadoras de nuestra historia reciente.

Es en estas realidades donde experimentamos que el poder político, económico y judicial no es neutral, sobre todo cuando oprime a los pobres, los margina e invisibiliza, y donde la fe tiene una dimensión y una responsabilidad histórica en promover los valores del Reino de Dios, cuestionando ideologías y prácticas de partidos políticos y de estructuras de poder que nos quisieran manipular con su cultura de odio y de muerte.

Bienaventurados los de corazón limpio...

Bienaventurados los que son perseguidos por causa del bien... (Mateo 5, 1-12)

Como no dar gracias a Dios y recordar a tantos Bienaventurados mártires de una fe comprometida en las luchas por la justicia y la paz de sus pueblos: laicos, sacerdotes, religiosas, obispos,... como Oscar Romero, profeta mártir en El Salvador, convertido a partir de los sufrimientos y muertes de su pueblo y pastor de una iglesia profética y misionera; o de Chico Méndez, catequista luchador, mártir por defender su cultura y las tierras de su pueblo de la Amazonía Brasileña contra los terratenientes que la querían expropiar y destruir para sacrificarla en beneficio del “dios desarrollo”.

d) PODER y AUTORIDAD:

¿INSTRUMENTOS DE OPRESIÓN O DE SERVICIO – LIBERACIÓN?

En todo conflicto social en el que participamos como iglesia de Aysén, tratando de mediar y buscar la justicia, siempre nos hemos encontrado con un obstáculo: el PODER. A veces económico, otras veces político, otras veces judicial, otras veces los tres juntos.

Es por ello que merece un intento de clarificación, ciertamente incompleto, el tema del poder y también de la autoridad, sea en la esfera social sea en la iglesia.

Convencidos de que el Espíritu de Dios, como también los signos del mal, están presentes en la iglesia, pero también en la sociedad, el Concilio Vaticano II en su Constitución Pastoral “Gaudium et Spes” que orienta la presencia y la acción de la iglesia en las realidades del mundo actual (la dignidad de la persona y el bien común, el matrimonio y la familia, la cultura, el desarrollo económico, el trabajo, la vida social, los bienes de la tierra, la propiedad, la política, la paz, la guerra y el armamentismo, la comunidad de los pueblos, el dialogo,...) no plantea la relación entre iglesia “Y” mundo, como realidades separadas o incluso contrapuestas, sino la iglesia “EN EL” mundo.

En este contexto puede ser útil la relación entre PODER y AUTORIDAD.

El PODER es el dominio de una persona o de un grupo de personas sobre otras. Puede ejercerse a lo menos en tres grados:

1) Por el miedo: infundiendo miedo por lo que uno pueda hacer sobre otro, pudiendo perjudicarlo, someterlo, manipularlo, e incluso quitarle la vida. Uno puede salir de esta trampa con un cierto grado de coraje y valentía.

2) Por la recompensa: ofreciendo recompensas (dinero, bonos, honores, títulos, regalos,...) para que avale la sumisión, en base a las ambiciones que uno tenga.

Uno puede salir de esta trampa, acudiendo a su dignidad personal, siempre superior a interesadas recompensas.

3) Por la persuasión: es el ideal del poder, pues busca dominar, convenciendo al otro que el ser dominado en la mejor realidad posible para su realización y seguridad personal. Es una situación que inhibe y que paraliza la libertad personal y de conciencia.

En estos grados, el poder puede crear personas sometidas o esclavas, siendo la acción más inhumana, inmoral y antievangélica.

La AUTORIDAD, en cambio, es un servicio basado en las competencias, carismas, cualidades, virtudes y capacidades de la persona. Cuando estos carismas son ejercidos para servir a los demás ayudándolos a tomar conciencia de su realidad y acompañarlos en un proceso de participación y solidaridad, y no para creerse superiores a los demás (por inteligencia, por posesión de bienes, por tener poder, por culturas, por religiones,...), entonces la autoridad es un apoyo válido y necesario de crecimiento comunitario, sea en la sociedad sea en la iglesia, favoreciendo la libertad y un proceso de madurez personal y comunitario.

Ciertamente que la autoridad, si es ejercida con poder, es altamente perjudicial y será motivo de permanentes conflictos, manifiestos o subterráneos.

Es muy decidora la práctica de Jesús en relación al poder y a la autoridad. Él no quiere, ni es su misión, asumir un poder político (Juan 6, 14-15); se queda al margen de la autoridad política (Marcos 12, 13-17), denunciando su hipocresía (Lucas 20, 1-8); condena la excesiva riqueza (Marcos 10, 23-27) y el poder económico (Marcos 11, 15-18); condena la injusticia y llama a convertirse a la justicia como experiencia de salvación (Lucas 19, 1-10); rechaza la violencia (Mateo 26, 51-52) y exige un cambio interior, o conversión (Lucas 6, 27-31) llegando incluso a amar al que pudiera ser enemigo. Es todo un programa de vida, que propone además un estilo y principios de AUTORIDAD: EL SERVICIO CON AMOR Y HUMILDAD (Lucas 22, 24-29; Juan 13, 12-17).

Las primeras comunidades cristianas aprendieron a vivir según las enseñanzas de Jesús: Hechos 2, 42 – 47 y 1 Pedro 3, 8-12.

La autoridad que actúa con estos principios y valores de Jesús es la que también decimos hoy que tiene “autoridad moral”, a la cual San Pablo nos llama a seguir y obedecer (Romanos 13, 1-2).

La autoridad que no refleja estos principios y valores, no merece ser obedecida (Hechos 4, 19-20), más bien se requiere fortaleza y sabiduría para luchar

como protagonistas de la fe, contra las fuerzas del mal (Efesios 6, 10-18). Se abre aquí también la posibilidad de la objeción de conciencia, como un derecho a no cooperar con el mal.

También en la iglesia necesitamos dar pasos para ejercer más fraternalmente la autoridad a todo nivel, siguiendo más el estilo de Jesús, y revisando si en nuestras propias prácticas, en nuestras comunidades y en la “estructura” eclesial pudieran haberse incrustado criterios de poder que ayer, e incluso hoy, se han pegado en nuestras mentes, en nuestros corazones, en nuestras actitudes y costumbres, aunque a veces sean inconscientes.

Surge así la necesidad de nuevos estilos de liderazgos pastorales, pero también sociales, que exigen des – educarnos de prácticas antievangélicas.

Ciertas prácticas de algunos agentes pastorales o de sectores más “visibilizados” de la iglesia, llevan a que no pocas veces se escuche la advertencia que “la iglesia también tiene poder”.

Siguiendo el estilo, los criterios y la práctica de Jesús, la iglesia no debería ser un “poder” más en nuestra sociedad. Eso depende del lugar en que se sitúa, de las opciones que hacemos. Si con nuestras opciones o decisiones, o frecuentemente también con nuestro silencio, avalamos y favorecemos a los agentes de poder económico y / o político, entonces también la iglesia será un poder opresor que participa de la injusticia y la marginación.

Si la iglesia opta por los pobres, contra la pobreza y las estructuras que la mantienen y promueven, entonces no será un poder, sino una autoridad moral, ética y evangelizadora, capaz de llamar a los poderosos a convertirse y a compartir sus bienes, sin creerse DUEÑOS de los demás ni de los bienes que Dios regala para todos (La tierra es de Dios).

En la lucha de los poderosos contra los pobres, al optar la iglesia por los pobres, como Jesús, será motivo de ataques, descalificaciones, persecuciones. Bien lo afirmaba el querido obispo Enrique Alvear Urrutia: “La persecución no es contra la iglesia, sino contra los pobres. Y en la medida que la iglesia acompaña, apoya, defiende y se pone del lado de los pobres, ella también será perseguida”.

La iglesia está llamada a ser un “FERMENTO en la masa”, por el don de la fe, para encaminar el mundo hacia realidades más humanas. Es una vocación y una misión de transformación de la realidad.

Es en esta tarea, cuya estrategia básica y esencial es el DIALOGO, que la iglesia puede encontrar obstáculos, pues pueden plantearse visiones y proyectos contrapuestos al proyecto del Reino de Dios que Jesús nos planteó.

En esta misión la iglesia no quiere ni puede ni debe ser un PODER, sino un instrumento de servicio para llevar al mundo de situaciones “menos humanas” a situaciones “más humanas”. Como la bicicleta, el barco, el caballo o el avión son medios, instrumentos para llevarnos de un lugar a otro, así la iglesia quiere ser un medio (con sus implementos indispensables de la fe: Palabra de Dios, sacramentos, catequesis,...) para santificar y llevar al pueblo hacia su plena madurez integral. Por eso la iglesia planteará siempre metas y principios muy elevados, ideales, utópicos sabiendo que a pesar de nuestras limitaciones humanas y de nuestro pecado, la gracia, el amor y la misericordia de Dios serán nuestro sustento para alcanzar las metas divinas de los “cielos nuevos y tierras nuevas”, que gozaremos en su plenitud en el Reino definitivo de Dios.

En la lucha del camino para alcanzar estas metas, nos encontramos con los obstáculos del poder, pues, como decíamos en los capítulos anteriores, las actuales estructuras del poder económico y político están basadas en un modelo de capitalismo neoliberal que, para sustentarse, contempla en su esencia la marginación de amplios sectores sociales, condenándolos incluso a su desaparición. No es casualidad que, solo por la mala gestión que priva de agua (elemento esencial para la vida), a amplios sectores de la humanidad mueran en el mundo unas 5 millones de personas al año (por enfermedades, falta de alimentos,...)

Es un modelo que ya desde su ideología y desde sus principios es fuente de conflictos, de enfrentamientos, de violencia, de injusticia, de inequidad y hasta de muerte. Y las autoridades que sustentan, promueven, gerencian y administran este modelo, sea con leyes y Constituciones, sea con las “Fuerzas de Seguridad”, sea incluso con la propaganda, serán siempre motivo también de conflicto.

Cuan iluminadoras y desafiantes para una conversión, un cambio radical de ruta, son los mensajes del querido papa Francisco referente a este “desalmado imperio / dictadura / tiranía del dinero / mercado / economía” sea en los países ricos, sea en los países pobres, llamando a una reforma financiera para que el dinero sea un instrumento de solidaridad y servicio a los más pobres, y no un poder de gobierno de los poderosos (discurso a algunos Embajadores, 16 de mayo de 2013). Es una postura ética y espiritual que tiene extraordinarios alcances y aplicaciones políticas, económicas y legales.

Estos planteamientos del papa Francisco se hacen eco de lo que enfatizaba incluso San Juan Crisóstomo (349 – 407) en los primeros siglos del cristianismo: “No compartir con los pobres los propios bienes es robarles y quitarles la vida. No son nuestros los bienes que tenemos, sino suyos”. Doctrina

vivencial y evangelizadora en plena concordancia con el “BUEN VIVIR” de nuestros pueblos indígenas latinoamericanos.

En tiempos electorales, y no solo en ellos, tenemos aquí un indispensable criterio para discernir sobre las personas, los bloques políticos, las ideologías por quienes estamos llamados a votar, pues, más allá de los planteamientos reduccionistas y no pocas veces interesados, de algunos candidatos o candidatas, lo que estamos llamados a plantearnos es “qué país y Estado quisiéramos y necesitaríamos construir hoy, desde la mirada, los principios y los valores de Cristo y su Evangelio”.

Un discernimiento que adquiere mayor relevancia si es comunitario, sabiendo que las personas que elijamos, por ser democráticamente representativas, deberán ejercer su autoridad CON el pueblo, con la participación efectiva del pueblo en las decisiones relevantes que promuevan el bien común, y no PARA el pueblo, elevándose en el pedestal del poder para gobernar como plenipotenciarios. Las significativas expresiones de los movimientos sociales de estos años, podrían indicar con cierta claridad que el país y el Estado que quisiéramos es bastante distinto al que quisieran plantear o implantar ciertos partidos y conglomerados políticos.

e) ¿EN QUÉ DIOS CREEMOS?

Nuestra fe es un proceso de crecimiento hacia una progresiva madurez. Es alimentada por la gracia de Dios y esencialmente por la vivencia práctica de nuestra familia y de la comunidad cristiana. Si bien la fe la podemos definir doctrinalmente con cierta precisión, seremos juzgados permanentemente más que por nuestra doctrina, por nuestro testimonio.

Hoy nuestros semejantes creen más a los testigos que a los maestros de la fe. Y si creen en los maestros de la fe es porque son testigos (papa Paulo VI).

Hay quienes limitan su fe a las devociones religiosas (necesarias e indispensables), o a las definiciones del Magisterio de la Iglesia (necesarias e indispensables), pero las definiciones y las devociones se encarnan y proyectan en nuestras relaciones con el Dios de Jesucristo, con los hermanos y hermanas y con la creación.

Cabe siempre preguntarse entonces “¿EN QUÉ DIOS CREEMOS?” y los agentes pastorales y las comunidades de fe podríamos preguntarnos “¿QUÉ DIOS PROCLAMAMOS, CELEBRAMOS, VIVENCIAMOS?”

Son preguntas indispensables en el Año de la Fe, para ser respondidas en discernimiento personal y comunitario, con sinceridad y honestidad, en vistas

a una “conversión personal y pastoral” a que nos llaman los obispos de América Latina y El Caribe en el Documento de Aparecida (2007), para crecer como iglesia de discípulos – misioneros en estos desafiantes tiempos de la nueva época de la humanidad que estamos construyendo.

Qué mejor respuesta vivencial que la de la Virgen María, hija predilecta de Dios Padre, discípula de Jesús, servidora del Espíritu Santo, misionera de la iglesia en el mundo, que desde la autoridad de su fe, gozosamente proclama:

“Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva. Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso. Su nombre es santo y su misericordia es eterna con aquellos que le honran. Actuó con la fuerza de su brazo y dispersó a los de corazón soberbio. Derribó de sus tronos a los poderosos y engrandeció a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió sin nada...” (Lucas 1, 46 – 55).



3. HOMBRES NUEVOS PARA UNA SOCIEDAD NUEVA (ACTUAR)

Todo cambio que quisiéramos alcanzar en nuestra sociedad y también en la iglesia, exige un cambio en cada uno de nosotros, en nuestra mentalidad, nuestro corazón, nuestras actitudes, nuestra voluntad, nuestra espiritualidad, nuestra fe.

El Dios de Jesucristo es el Hombre Nuevo en que necesitamos se vea reflejada nuestra vida. El aire limpio de la fe nos anima a una permanente CONVERSIÓN y a buscar la conversión de nuestros hermanos. Las dos alas, de la fe y de la realidad en que vivimos, nos ayudarán a construir nuestra historia elevándola hacia el Reino de Dios.

Que el diálogo fraterno y la participación entusiasta prevalezcan en cada uno para construir la sociedad nueva que anhelamos con fe. Entonces ésta y las próximas Semanas Sociales serán válidos instrumentos y momentos que crean historia.

El banquete festivo de la eucaristía nos envía a la misión de la participación y a la comunión, para hacer de Aysén y de Chile “una mesa para todos” en que nadie sea excluido de los abundantes bienes materiales, naturales, espirituales y morales que Dios regala a todos y para todos.

Más que elaborar una lista de “recetas” para el actuar, considero que una atenta lectura de estas reflexiones, la realidad de cada comunidad, la creatividad y la sabiduría de nuestro pueblo, las lecciones de la historia, la valentía de los protagonistas de buena voluntad, el potencial de la fe, abrirán caminos para acciones personales y comunitarias transformadoras y proféticas en nuestra iglesia y en la sociedad. Nuestro pueblo lo espera y requiere con urgencia.

Que el Espíritu haga fecunda nuestra reflexión y generosa nuestra acción.

Fraternalmente les saluda y bendice,



+ LUIS INFANTI DE LA MORA, osm
Obispo Vicario Apostólico de Aysén

COYHAIQUE, agosto 18 de 2013.

Fiesta de San Alberto Hurtado y Día de la Solidaridad.

ANEXO

UN CRISTIANISMO QUE TOME TODO EL HOMBRE

Extracto de un texto más largo llamado “Elementos de vida espiritual”

Alberto Hurtado SJ.

Al comparar el Evangelio con la vida de la mayor parte de nosotros, los cristianos, se siente un malestar... La mayor parte de nosotros ha olvidado que *somos la sal de la tierra, la luz del mundo, la levadura de la masa...* (Mt 5,13-15). El soplo del Espíritu no anima a muchos cristianos; un espíritu de mediocridad nos consume. Hay entre nosotros activos, y más que activos, más aún, agitados, pero las causas que nos consumen no son la causa del cristianismo.

Después de mirar y volver a mirarse a sí mismo y lo que uno encuentra en torno a sí, tomo el Evangelio, voy a San Pablo, y allí encuentro un cristianismo todo fuego, todo vida, conquistador; un cristianismo verdadero que toma a todo el hombre, rectifica toda la vida, agota toda actividad. Es como un río de lava ardiendo, incandescente, que sale del fondo mismo de la religión.

En nuestro tiempo, se hace de la Religión una formalidad mundana, un sentimentalismo piadoso, una policía pacífica: “No romper nada, ¡¡no permitir que nadie rompa nada!!”. Así se podría expresar este cristianismo de buen tono, negativo, vacío de pasión, vacío de sustancia, vacío de Cristo, vacío de Dios. Un cristiano sin fuego y sin amor, de gente tranquila, de personas satisfechas, de hombres temerosos, o de los que gozan con mandar y desean ser obedecidos. Un cristianismo así no hace falta.

Pero, felizmente, se encuentran en todas partes grupitos de cristianos que han comprendido el sentido del Evangelio. Jóvenes deseosos de servir a sus hermanos; sacerdotes que llevan abierta la herida que no cesa de sangrar al ver tanto dolor, tanta injusticia, tanta miseria; hombres y mujeres que nos

prolongan la presencia de Cristo entre nosotros, bajo una sotana, un uniforme de trabajo, o un traje de fiesta. Son luminosos como Cristo, y bienhechores como Él. Cristo está en ellos, y esto nos basta. No podemos menos de amarlos, nos tomamos de su mano y por ellos entramos en ese Cuerpo inmenso que anima el Espíritu.

Estos son los cristianos verdaderos, aquellos en los cuales Cristo ha entrado a fondo, ha tomado todo en ellos, ha transformado toda su vida; un cristianismo que los ha transfigurado, que se comunica, que ilumina. Son el consuelo del mundo. Son la Buena Nueva permanentemente anunciada. Todo predica en ellos: la palabra, sin duda, pero también la sonrisa y la bondad, y la mano tendida, la resignación, la ausencia total de ambición, la alegría constante.

Van siempre adelante, rotos quizás en su interior, abrazándose serenamente a las dificultades, olvidados de sí mismos, entregados... Nada los detiene: ni el menosprecio de los grandes, ni la oposición sistemática de los poderosos, ni la pobreza, ni la enfermedad, ni las burlas. ¡¡¡Aman y eso les basta!!! Tienen fe, esperan. En medio de sus dolores, son los felices del mundo. Su corazón, dilatado hasta el infinito, se alimenta de Dios.

Son la Iglesia naciente entre nosotros. Son Cristo viviente entre nosotros y de Él les viene su nobleza, de Él, al cual se han entregado al entregarse a sus hermanos desgraciados. El haber comprendido que los otros eran también hijos de Dios, hermanos de Cristo, eso los ha hecho crecer. Entre ellos, Dios, Cristo y los otros, hay ahora un vínculo definitivo. Ellos comprenden que su misión es ser el puente hacia el Padre, puente para todos. Todos juntamente, todos los hijos del Padre, llevados por el Hijo Jesucristo, todos por Él llegando al Padre, y esto mediante nuestra acción, la de cada uno de nosotros. Toda la humanidad trabajando en esta obra, ayudados por los militantes de ayer, que en la tarde de su trabajo recibieron ya su recompensa.

¿Cómo puede ser que no vivamos más en esta perspectiva? Al sabernos consagrados a Dios, no podemos seguir viviendo inclinados sobre nosotros mismos, ni sobre nuestros méritos, ni siquiera sobre nuestros pecados... sino en imitar al Salvador, enérgico y dulce, que *“amó a los hombres hasta el extremo”* (Jn 13,1).

Una condición

Una condición para que el cristianismo tome todas nuestras vidas es conocer íntimamente a Cristo, su mensaje, y conocer a los hombres de nuestro tiempo a los cuales va este mensaje.

Pocos apóstoles, sacerdotes o seglares, están preparados para el apostolado moderno. La acción no penetra, se queda en la superficie. ¿Quién no ha sentido en su interior deseos ardientes que, al comunicarlos a otros, no producen en ellos sino resultados superficiales? Nuestros pensamientos más claros no encuentran fácilmente el camino de la inteligencia, ni el del corazón, para llegar a los demás.

Predicamos una doctrina segura. Repetimos el Evangelio, los Padres, Santo Tomás, las Encíclicas... sin embargo, el contacto es superficial, nuestro dinamismo no ha movido a los que queríamos mover.

Más aún, si vamos a los que parecen los grandes conductores de hombres, a los que han tenido éxito en su acción social o cívica, a los que han logrado poner un poco más de justicia y de felicidad en el mundo, si a éstos les preguntamos si están contentos de su acción, nos responderán que se dan perfectamente cuenta que no tocan el problema sino en su superficie, que la sociedad siempre escapa de toda acción moralizadora y más aún santificadora. Se necesitaría genios y santos para remediar a los males tan hondos... ¡¡y estos deberían ser perseverantes!!

Cuando un apóstol parte demasiado pronto para la acción o cesa en su trabajo

de formación, sufre las consecuencias. Uno queda en la acción apostólica al nivel de su verdadero valer. Sólo el santo santifica; sólo la luz alumbra; sólo el amor calienta. Ordinariamente, frente al apóstol, grupitos fáciles se dejan penetrar por su acción: niños, religiosas, almas piadosas... Ante los hombres sobre todo, están como desarmados, no teniendo para ellos sino fórmulas hechas, abstractas o gastadas, sacadas de manuales... Aun de las encíclicas, no saben servirse, porque no conocen el ambiente en que ellas se aplican.

Muchos apóstoles de hoy fallan por haber partido demasiado pronto, o haberse contentado demasiado luego con lo que tenían de ciencia, de experiencia, de virtud. Demasiado pronto se sintieron completos. Laicos... quedaron militantes mediocres, sin verdadera formación. Sacerdotes, indefinidamente fuera de la vida, fuera de lo real, inadaptados o mal comprendidos, repitiendo siempre los mismos clichés, ante una clientela demasiado fácil, mientras la inmensa masa sigue ignorando aun que hay Dios, y que Cristo ha venido... sin que haya quién les recuerde a los poderosos, a los superiores, como a los humildes, sus deberes, ni quién señale el camino en los momentos críticos.

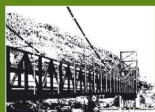
Conocer, con el conocimiento de Sabiduría, que es más rico, más profundo que el de la simple ciencia; conocer a los hombres y amarlos apasionadamente como hermanos de Cristo e hijos de Dios; conocer nuestra sociedad enferma, como lo hace el médico para auscultarla. ¿Cuántos son los que se dan tiempo para estudiar la trama compleja de nuestra vida social, de sus corrientes intelectuales, de sus engranajes económicos, de sus imperios legales, de sus tendencias políticas? Para obrar con prudencia hay que conocer. El precio de nuestra conquista tiene que ser poner en acción todas nuestras energías para colaborar con la gracia.

Conocimiento hondo de Cristo. La teología en píldoras de tesis no puede bastar. La sabiduría se impone. La mirada del humilde que se acerca a fuerza

de pureza a la mirada de Dios; la mirada del contemplativo sobre Cristo, en quien todo se resume, esperanza de nuestra salvación. El apóstol debe integrar su acción en el plan de Cristo sobre nuestro tiempo; conocer bien a Cristo y conocer bien nuestro tiempo para acercarlos con amor. Ahí está todo (esto supone esa inmensa humildad que es la que dispone para recibir las gracias de lo alto).

Espiritualidad sana que no consiste sólo en prácticas piadosas, ni en sentimentalismos, sino de los que se dejan tomar enteros por Cristo que llena sus vidas. Espiritualidad que se alimenta de honda contemplación, en la cual aprende a conocer y amar a Dios y a sus hermanos, los hombres del propio tiempo. Esta espiritualidad es la que hará de la Iglesia la levadura del mundo.





PUENTES DE AYSÉN

DOCUMENTOS

- 1.- "Cartas Pastorales", Mons. Aldo Lazzarín Stella , 1999
- 2 .- "Misa de Aysén", Arturo Barros Medina, 1999
- 3 .- Plan Pastoral 2001 - 2006
- 4 .- "San Sebastián, su vida y santidad", Jovita Cerro 2002
- 5 .- Carta Pastoral "Danos hoy el agua de cada día",
Mons. Luis Infanti, 2008
- 6 .- Plan Pastoral 2008 - 2014
- 7 .- "Diario de Mons. Antonio Michelato",
P. Manea - P. Memo, 2012
- 8.- "La fé y la política se abrazan", Mons. Luis Infanti, 2013



VICARIATO APOSTOLICO DE AYSÉN
PATAGONIA - CHILE